



Logotipo de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones.

Compañía Iberoamericana de Publicaciones, CIAP (1924-1931). La Compañía Iberoamericana de Publicaciones se constituyó como sociedad el 22 de noviembre de 1924, fruto de un acuerdo entre el banquero Ignacio Bauer Landauer (1891-1961), quien ocupó el cargo de presidente de su Consejo de Administración, y del escritor y editor Manuel Luis Ortega (1888-1943), quien ejerció como consejero delegado y director gerente durante sus siete años de trayectoria.

Tras unos primeros años de vida en los que la actividad de la empresa fue más bien limitada, en 1928 se produce un punto de inflexión con la incorporación al proyecto del catedrático de Bibliología de la Universidad de Madrid, Pedro Sainz Rodríguez (1897-1986), quien asumió la dirección literaria con el objetivo decidido de «dar una fisonomía coherente a este heterogéneo conjunto editorial» que había sido la CIAP hasta la fecha. Bajo la batuta del erudito filólogo, la Compañía experimentó un extraordinario crecimiento basado en la adquisición de editoriales de reconocido prestigio (Renacimiento, Mundo Latino o Ediciones Atlántida, entre otras) y de colecciones y revistas consolidadas como la Biblioteca Popular Cervantes o *La Gaceta Literaria*.

Además de este conglomerado de sellos, la CIAP también compró una agencia de noticias, una imprenta de grandes dimensiones en el centro de Madrid y la reputada

Librería de Fernando Fe (junto con las diez sedes que esta librería-editorial tenía repartidas por toda España), una de las principales distribuidoras de libros desde finales del siglo XIX. Por último, la expansión se completó con la apertura de delegaciones en las principales capitales de la América hispana: Buenos Aires, Montevideo, México y Quito.

En paralelo a este proceso de concentración, Sainz Rodríguez desarrolló un ambicioso plan editorial basado en dos pilares fundamentales. En primer lugar, el diseño de un catálogo propio articulado en torno a colecciones como Camoens (destinada a obras portuguesas), Biblioteca Argentina, Biblioteca Española de la Cultura Católica, Biblioteca del Mundo de Hoy, Las Fuentes Narrativas de la Historia de América, Los Clásicos Olvidados, Biblioteca Nebrija u otras de contenido misceláneo: Monitor de Arte, Cultura Estética y Vida Estética y Ciencia, Filosofía y Cultura: Biblioteca del Pensamiento Moderno, dirigidas por Eugenio d'Ors. Como complemento a esta primera medida, una apuesta decidida por otorgar un papel preeminente al autor se canalizó a través de iniciativas como, por ejemplo, la institucionalización del banquete literario – con amplia repercusión en la prensa– como forma de promoción y legitimación del escritor.

Con la puesta en marcha de estas iniciativas, se consiguió sumar a la causa a algunos de los escritores más conocidos del período, entre los que figuraban Juan Ramón Jiménez, quien firmó un contrato para la publicación de sus obras completas, o Ramón del Valle-Inclán, a quien se le ofrecieron unas condiciones muy ventajosas para la edición de sus novelas sobre las guerras carlistas. En definitiva, y como reflejó Gómez de la Serna en *Automoribundia (1888-1948)* (1948), el impulso que supuso la aparición de la CIAP hizo soñar a los escritores de la época con una edad dorada de la edición, con anticipos por los derechos de autor y un tratamiento de *vedettes*.

Pese al éxito fulgurante que parecía haber alcanzado el modelo implantado por la CIAP, un cúmulo de malas decisiones tomadas por sus gestores hizo que, ya en 1929, surgieran una serie de problemas financieros que se arrastraron durante dos años y acabaron con la ruina de Alfredo Bauer y la quiebra de la empresa, que acabó suspendiendo pagos en el verano de 1931. La que se había convertido en primera casa editorial del país, se vio forzada a vender todo su stock a precios de saldo, dejando a sus autores en una situación muy comprometida. No obstante este triste final, lo cierto es que la CIAP tuvo el indiscutible mérito de haber inaugurado con su ejemplo la moderna industria cultural del libro en España y, como han señalado López-Morell y Molina Abril, de haber sabido conjugar innovaciones como: una distinta forma de entender las relaciones entre autor y editor, la aplicación de tácticas de marketing y publicidad desconocidas en España, el establecimiento de una potente red de librerías o la preocupación por la internacionalización del mercado a través de las redes comerciales con Hispanoamérica. En este sentido, la CIAP supone un hito en la historia de la edición en España, no solo por el alcance cuantitativo de su empeño, sino por el espíritu que animó una aventura que, como leemos en el imponente catálogo de sus fondos editado en 1930, se inspiró en un principio básico según el cual, «el libro es el resultado de una cultura y es a la par el elemento imprescindible para su creación y desarrollo».

Francisco Fuster
Universitat de València

Selección bibliográfica

Catálogo general: avec une introduction et conditions pour la vente en allemand, anglais, français, italien, portugais et catalán. Madrid. Compañía Iberoamericana de Publicaciones. 1930.

LÓPEZ-MORELL, Miguel Á.; MOLINA ABRIL, Alfredo, «La Compañía Iberoamericana de Publicaciones, primera gran corporación editorial en castellano», *Revista de historia industrial*, n.º 49, 2012, pp. 111-146.

SAINZ RODRÍGUEZ, PEDRO. *Testimonio y recuerdos.* Madrid. Planeta. 1978 (2.^a edición), pp. 124-136.

Para citar este documento: Fuster, Francisco (2015). «Semblanza de la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (1924-1931)». En *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) - EDI-RED*:

<http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmczc9w5>